

Sacerdotes, Eucaristía, Iglesia

7

· *MONSEÑOR HEINRICH MUSSINGHOFF**

RESUMEN



includo al Monte Sión en Jerusalén se encuentra la tumba de David, el cenáculo y el lugar donde la tradición ubica la dormición de María. Desde allí surgió la Iglesia, que tiene por la fuerza del Espíritu que la habita y que recibió en ese mismo lugar la misión de hacer presente al Señor resucitado. Sus notas de unidad, santidad, universalidad y apostolicidad, se ejercitan en su constante oración y en el encuentro de una nueva familia, en torno a la eucaristía que sólo se celebra si hay comunidad que la acoja y si la misma se coloca en actitud de servicio.

La eucaristía perpetúa una promesa hecha a David, pero en María y su dormición se ha proyectado a la comunidad hacia una esperanza en medio de tantos signos que la niegan en la actual situación colombiana.

Queridos hermanos en el episcopado, el sacerdocio y el diaconado, queridos hermanos y hermanas:

* Conferencia de monseñor Heinrich Mussinghoff, Obispo de Aquisgrán, en el Congreso Eucarístico Nacional de Cali (Colombia), el 18 de octubre de 1999.

SIÓN: LUGAR DE GRANDES ACONTECIMIENTOS DE LA HISTORIA SAGRADA DEL NUEVO TESTAMENTO

En el monte Sión de Jerusalén, los benedictinos alemanes custodian la iglesia de la Dormición de la Virgen. La abadía *Hagia María Sión* (que hasta hace poco se denominaba *Dormition Abbey*) preserva el recuerdo de acontecimientos fundamentales de la historia de nuestra salvación:

8

- Muy cerca de la abadía se encuentra la tumba del rey David, a quien el profeta Natán le anunció la promesa de Dios: «Permanente será tu casa y tu reino para siempre ante mi rostro, y tu trono estable por la eternidad.» (2 Sam. 7,16).
- Muy cerca, así mismo, está el cenáculo –actualmente, transformado en mezquita – donde Jesús, el Hijo de David, instituyó la «nueva y eterna alianza» en la celebración eucarística (Mc. 14, 17 y ss., par.).
- En este salón el Señor resucitado apareció a sus discípulos: «Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, y estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos se reunían por miedo a los judíos, Jesús entró, se puso en medio de ellos y les dijo: «¡Paz a vosotros!» (Juan 20, 19 y ss). «Ocho días después sus discípulos estaban adentro otra vez, y Tomás estaba con ellos. Y aunque las puertas estaban cerradas, Jesús entró, se puso en medio de ellos y dijo: ¡Paz a vosotros!» (Juan 20, 20,26 y ss; Mc. 16,14 y ss; Lc. 24,36 y ss). Aquí les dio su misión y bendición.
- Probablemente sea éste también el lugar donde los apóstoles «perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, como María la madre de Jesús, y con los hermanos de éste»; probablemente fue también éste el lugar donde recibieron el Espíritu Santo, momento que marca el nacimiento de la Iglesia (Hch. 1,14 y 2, 1 y ss.).
- Éste es el lugar donde, según la tradición, se durmió la Virgen y fue asunta al Cielo, como signo de nuestra esperanza en la resurrección de los muertos y en la promesa de la bienaventuranza del Cielo.

El significado central de este lugar para los cristianos es evidente: la Iglesia de Jesucristo se funda en la misión del Espíritu Santo y en la instauración de la eucaristía; y ésta es también la raíz de nuestro sacerdocio. Por así decir, este lugar es la fuente de la existencia sacerdotal.

LA IGLESIA

La Iglesia está fundada por el Espíritu Santo

Los Hechos de los Apóstoles narran cómo los apóstoles, después de la ascensión del Señor, se volvieron del Monte de los Olivos a Jerusalén. «Cuando hubieron llegado, subieron al piso alto, en donde permanecían Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos éstos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste.» (Hch. 1,13 y s.). Después de la elección de Matías, que quedó agregado a los apóstoles, siguen diciendo los Hechos: «Al cumplirse el día de pentecostés, estando todos juntos en un lugar, se produjo de repente un ruido proveniente del cielo como el de un viento que sopla impetuosamente, que invadió toda la casa en que residían. Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les otorgaba expresarse.» (Hch. 2,1-4). Y las numerosas gentes de diferentes lenguas, como se pueden también oír hoy en el *suk* -el gran bazar de Jerusalén-, entendieron su lengua, oyeron su predicación, fueron bautizados y aceptaron el Evangelio.

Éste es el nacimiento de la Iglesia. La Iglesia es don y obra del Espíritu Santo, que Jesús había prometido. Una y otra vez, en la despedida que recoge san Juan, Jesús dice que enviará al Espíritu Santo, el Paráclito, el Abogado, el Espíritu de Dios, el Espíritu que le animaba en su predicación y en sus obras, el Espíritu del buen Jesús de Nazaret. «Cuando venga el Abogado, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí, y vosotros daréis también testimonio porque desde el principio estáis conmigo.» (Jn. 15,26 y s.). «Pero cuando viniere Aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa.» (Jn. 16,13). Ese Espíritu de Jesús llena a las discípulas y a los discípulos con el fuego de un gran entusiasmo y convierte a esas personas temerosas y desalentadas, que se habían escondido cerrando la puerta, en valerosos testigos de Cristo resucitado, que irán hasta el fin del mundo, sin temer los peligros, el agotamiento, las persecuciones, y ni siquiera la muerte. Esto es obra del Espíritu Santo de Dios.

El apóstol san Pablo exhorta a los cristianos, que tienen el Espíritu de Cristo, a vivir según el Espíritu (Rom. 8). En alemán, a los clérigos se les llama también *Geistliche*, término que deriva de «espíritu». Son, pues, «personas espirituales».

Son hombres pentecostales, que entienden de lo «espiritual», que se han dejado aprehender por el Espíritu de Dios y de Jesús, y que viven según ese Espíritu. Por lo que decimos y hacemos se verá «cuál es el espíritu que nos informa». En el sacramento de la confirmación se nos hizo la señal de la cruz en la frente, con el crisma; al recibir el sacramento del orden, nuestras manos son ungidas con el crisma; en la consagración episcopal, también es ungida la cabeza. Esa unción tiene como objeto manifestar que el Espíritu de Dios remueve nuestro pensamiento y nuestra palabra, nuestro corazón y nuestro actuar. Pero el Espíritu no es algo que se pueda sencillamente poseer, que se pueda llevar al banco y guardar en una caja fuerte. «El espíritu sopla donde quiere.» (Jn. 3,8). El Espíritu hace que en la Iglesia se produzca, una y otra vez, un resurgir, un nuevo comienzo. No se deja dominar ni canalizar. El Espíritu es el elemento dinámico en la Iglesia desde un principio.

Henri de Lubac, gran teólogo francés, nos previene contra el peligro. «*Si l'esprit vient a manquer, le dogme n'est plus qu'un mythe et l'Eglise n'est plus qu'un parti.*» («Si desaparece el espíritu, el dogma es sólo un mito y la Iglesia sólo un partido.») Lo hemos visto frecuentemente en la historia de la Iglesia, también en los últimos años: si el Espíritu no es el principio que vivifica la vida de la Iglesia y la vida de cada sacerdote, los dogmas sufren frecuentemente una «desmitificación». Entonces desaparece la fe, por ejemplo, en la virginidad de María y en la resurrección de Jesús. La fe en Jesús se convierte fácilmente en un mito, que se puede sustituir por Buda, El Dorado, la princesa Inírida o Santa Claus. Pero una Iglesia que pierde el Espíritu de Dios se convierte fácilmente en un partido en el que acaban imperado las ideas marxistas o liberales, los programas sociopolíticos o los métodos de autoexperiencia psicológica. Ya Ireneo de Lyon, discípulo de san Policarpo, dijo: «*Ubi enim ecclesia, ibi et spiritus Dei, et ubi spiritus Dei, illi ecclesia et omnis gratia. Spiritus autem veritas.*» (Adv. Haer. 3, 24.1) («Donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia. El Espíritu es la verdad.») Hay que esforzarse y rezar para discernir, una y otra vez, los espíritus.

La Iglesia orante

La Iglesia es don y obra del Espíritu Santo. El comienzo de los Hechos de los Apóstoles nos llama la atención sobre un rasgo característico de la Iglesia. La Iglesia proviene de la unión y de la reunión. Los once apóstoles a quienes se cita por su nombre, las mujeres y María, la madre de Jesús, y sus hermanos –las discípulas

y los discípulos–, están reunidos. «Perseveraban unánimes en la oración», es decir, la Iglesia surge de la oración es una comunidad constitutivamente orante; la oración es un rasgo intrínseco. La Iglesia es *ecclesia orans* o no es Iglesia.

Ésta es nuestra primera misión sacerdotal: reunir a los hombres en la oración, enseñarles a rezar, conducirles a la adoración. Y nosotros hemos de ser hombres de oración. Los hombres de oración mueven el corazón de Dios, los hombres de oración mueven al mundo. La oración perseverante por la paz, la libertad, la justicia, puede combatir la espiral de la violencia en Colombia, así como el hambre, la enfermedad, el éxodo rural, el consumo de drogas, la pobreza y la indigencia. El corazón de Dios siente compasión con los hombres. En todos los catecismos de la Iglesia hay una explicación del «Padre Nuestro», la oración que nos enseñó Jesús y que pronuncia de modo válido el Espíritu que dio vida a la oración de Jesús. Los sacerdotes, con los religiosos, rezamos la oración de la Iglesia, que en las Horas (el breviario) santifica el día. Para mí es un consuelo sentirme recogido en esta red de oración que abraza todo el mundo. Desde la salida del sol hasta el ocaso, esa oración recorre todo el orbe. En la diócesis de Aquisgrán nos hace bien saber que cuando ustedes rezan Laudes por la mañana, nosotros hemos llegado aproximadamente a Nona. Vamos a conservar esa unidad en la oración entre las diócesis de Colombia y la diócesis de Aquisgrán.

La Iglesia: una santa, católica y apostólica

La Iglesia es don y obra del Espíritu Santo. La Iglesia es Iglesia orante, es reunión para la oración. El comienzo de los Hechos de los Apóstoles hace ya referencia a las cuatro características que le son propias. Confesamos la «Iglesia una, santa, católica y apostólica». En el cenáculo, todos perseveraban «unánimes» en la oración: el Espíritu Santo de Dios une a la Iglesia. Al orar forma una unidad. Todos perseveran en la oración. Con la oración y los sacramentos, el Señor santifica su Iglesia. Entre las discípulas y los discípulos, los apóstoles ocupan un puesto de excepción, se les menciona por su nombre y son los patriarcas del «nuevo Israel de Dios». Sus sucesores están llamados a conservar la herencia apostólica en la Iglesia. Por último, la primera predicación, el día de Pentecostés, revela que la Buena Nueva, el Evangelio de Jesucristo, quiere llegar a los hombres de todo pueblo y de toda lengua. Con la predicación del Evangelio, con la evangelización de los pueblos, la Iglesia se hace católica, abarca toda la Tierra. Por este motivo el Concilio Vaticano Segundo indica, como principal tarea del sacerdote y del obispo, el anuncio del Evangelio (PO 2; LG 24 y s.).

Nuestra misión sacerdotal es enseñar a los hombres esta Iglesia, una, santa, católica y apostólica, en su condición de comunidad que nos da a conocer la salvación de Dios. Los Hechos de los Apóstoles describen la Iglesia de la siguiente manera: «Eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones.» (Hch. 2,42).

La Iglesia es comunión; es comunidad misionera en la fe, la esperanza y la caridad. Por esto, los Hechos nos dicen: «La muchedumbre de los que habían creído tenía un corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común. Los apóstoles atestiguaban con gran poder la resurrección del señor Jesús y gozaban todos ellos de gran favor. No había entre ellos indigentes.» (Hch. 4, 32 y s). La preocupación de que todos tengan suficiente para vivir, la caridad de compartir lo necesario para vivir, la opción por los pobres, los necesitados, los enfermos, los marginados, la dimensión diaconal de la pastoral, forma parte desde un principio de la Iglesia. También en la medida en que la Iglesia vive la opción por los pobres, se manifiesta si el Espíritu de Dios está vivo en ella. Amar a la Iglesia quiere decir, concretamente, amar a los pobres y a los marginados, asistirlos. Entre las preguntas que formula el obispo a los quienes van a recibir la ordenación sacerdotal, se cuenta también la siguiente: «¿Estáis dispuestos a asistir a los pobres y a los enfermos, a ayudar a los que no tienen patria y a los que sufren necesidad?» La caridad es parte sustancial de la Iglesia, la caridad forma parte sustancial de la existencia sacerdotal. Amar a la Iglesia quiere decir amar a los que siguen a Cristo con su vida. San Agustín lo dice con unas bellas palabras: «En la medida en que alguien ama a la Iglesia de Cristo, tiene el Espíritu Santo» (*Tract. In Joannis Evangelium* 32, 8). Es una realidad que ese Espíritu de Dios está vivo en nosotros, los sacerdotes, y en toda su Iglesia.

EUCARISTÍA

Instauración y sentido de la eucaristía

Cerca de *Hagia María Sion*, en el nuevo Sión de Jerusalén, se encuentra el Cenáculo. El evangelista san Lucas narra:

Cuando llegó la hora se puso a la mesa, y los apóstoles con Él. Y díjoles: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que no la comeré más hasta que sea cumplida en el Reino de Dios.» Tomando el cáliz dio gracias y dijo: «Tomadlo y distribuidlo entre vosotros, porque os digo que desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios.» Tomando el pan, dio gracias, lo partió y se los dio, diciendo: «Este

es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía.» Así mismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros». (Lc. 22, 14-20)

Antes de sufrir la pasión, Jesús invita a los apóstoles a la cena pascual, con la que se conmemoraba la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto, gracias a la obra salvífica de Dios. La cena pascual se come en la familia judía, no en el templo ni en la sinagoga. Cuando Jesús invita a los apóstoles a hacerlo en Jerusalén, esto significa que los apóstoles son una familia, que nosotros –la comunidad reunida para celebrar la eucaristía– somos su familia que conmemora y agradece la obra salvífica de Dios. Durante esa cena Jesús toma pan y vino, da gracias y los reparte entre sus apóstoles. Y dice, de estos dones: «Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros... Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre que es derramada por vosotros.» En los dones del pan y el vino, a los que Jesús da este sentido, anticipa su entrega en la cruz y la interpreta como entrega para la salvación de los que participan en el sacrificio, y de todos los hombres. En esa entrega radica todo el destino de su vida, su pasión y muerte en la cruz, pero también su resurrección. Al mismo tiempo da a esa cena eucarística un sentido escatológico: «...porque os digo que no la comeré más hasta que sea cumplida en el Reino de Dios... desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios.» La eucaristía es don por el que agradecer, don que remite al fin de los tiempos, al Reino de Dios, a la Parusía, a la venida de Cristo, pues Él es, en persona, el Reino de Dios, «*Donec venias*»: «Ven, Señor Jesús».

La cena pascual del Jueves Santo tiene un profundo significado místico para los sacerdotes. Nosotros estamos invitados a su cena. Podemos dirigir su acción de gracias, en su nombre, a Dios, su padre, en su persona y por su poder: «...haced esto en memoria mía.» El mundo vive de este misterio de la fe, gracias a él tenemos la vida en abundancia. «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús.»

En el Evangelio según san Juan leemos, en el capítulo VI, el bello discurso eucarístico y el profundo gesto eclesial del lavatorio de los pies. Jesús hace a sus discípulos el servicio que el señor de la casa presta a sus invitados, a través de esclavos. Un gesto que pone de manifiesto que Jesús se agacha ante nosotros y nos presta un servicio propio de esclavos. Se ha empequeñecido tanto porque está en medio de nosotros «como quien sirve» (Lc. 22, 27). La amistad de Jesús no conoce límites: en la eucaristía instituye para su conmemoración lo que sucede en su entrega en la cruz y de la resurrección, para que tengamos vida. La eucaristía es entrega de Jesús, es su amor para nosotros. «Habiendo amado a los suyos

que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.» (Jn. 13, 1b). Este amor de Jesús es vida para nosotros; es la fuente y vida de la comunidad y de la Iglesia. Ese amor de Jesús que se da hasta el extremo exige nuestra respuesta en la actuación pastoral, caritativa y sociopolítica.

Comunión

14

El cardenal Ratzinger hace referencia, una y otra vez, a la palabra clave de la eucaristía: «*Communio*», comunión con Dios y entre nosotros. Al recibir el Cuerpo de Cristo, nos convertimos en Cuerpo de Cristo, es decir en Iglesia. De este modo, la eucaristía construye la Iglesia y sólo en la Iglesia hay un espacio válido para celebrar la eucaristía. La comunión sacramental fundamenta la comunión eclesial y sólo en la comunión eclesial se da la comunión sacramental. Por este motivo, en toda celebración eucarística de cada comunidad siempre está presente toda la Iglesia; y en cada plegaria eucarística se reza por el Papa y por el obispo, porque forman parte de los elementos estructurales de la Iglesia. En el Papa siempre está presente el Colegio de los Obispos, los sucesores de los apóstoles; y en el obispo, el presbiterio, los sacerdotes de la diócesis. En la ordenación sacerdotal recibimos la gracia de Dios, para celebrar la eucaristía, y para presidirla, en persona y por poder de Jesucristo. Cada día podemos vivir de ese don de Dios. Por tanto, la existencia sacerdotal es siempre existencia eucarística, participación en la proexistencia de Jesucristo. Por esto, hemos de aplicarnos una y otra vez la amonestación de san Pablo: «Haz revivir la gracia de Dios que hay en tí por la imposición de mis manos. Que no nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza.» (2 Tim. 1,6 y s.).

En la eucaristía Cristo ha instituido una «*nueva y eterna alianza*». Deseo recordar que el cenáculo se encuentra cerca, por encima de la tumba de David, la tumba del rey a quien Dios le hizo saber a través del profeta Natán: «Permanente será tu casa y tu reino para siempre ante mi rostro, y tu trono estable por la eternidad.» (2 Sm. 7, 16). Dios mantiene su fidelidad a su alianza con Israel, a las promesas que hizo al rey David. Pero Dios renueva su alianza en Cristo y Dios amplía su alianza a todos los pueblos (a los gentiles), lo que se simboliza en el hecho de que la « nueva y eterna alianza», la alianza de Cristo, se instituya en el cenáculo, sobre la tumba de David. Es un bello gesto que los musulmanes pongan a disposición el cenáculo, transformado actualmente en mezquita, para que el Jueves Santo se celebren los oficios cristianos... un signo de respeto y tolerancia interreligiosos.

María, signo de esperanza

Cerca del cenáculo se encuentra la iglesia de la Dormición de la Virgen. Ella tiene una relación muy estrecha con la fundación de la Iglesia en Pentecostés y con la institución de la eucaristía. La Iglesia del Espíritu vive de la entrega que hace Jesús de su vida; pero también tiene una meta. Esto es lo que nos enseña María. María, la madre de Jesús, que experimenta la aurora del nacimiento de la Iglesia y el soplo del Espíritu mientras reza, nos indica el fin del camino. María, que expira en Sión, es asunta en cuerpo y alma al Cielo por la gracia de Dios. En ella, Dios hace aquello a lo que ha llamado a todos los hombres: la lleva consigo a la gloria de los cielos y la hace partícipe de la bienaventuranza eterna que es la eternidad bienaventurada de Dios. De este modo, María nos llama la atención sobre el fin y el destino eterno del hombre: entrar en la gloria de Dios, para que se instaure el Reino, la potestad de Dios. Lo que a todos nosotros nos ha sido prometido en la resurrección, se ha cumplido ya en María. Así, María, presente cuando ora, en el momento de la institución de la Iglesia por el Espíritu, está también presente al final, al fin de la vida, en la realidad de la resurrección. Es realmente madre de la Iglesia y madre de todos los creyentes. Es la estrella de la esperanza. De la existencia sacerdotal forma parte el dar testimonio de esa esperanza escatológica en la comunidad y vivirla.

Me gusta recordar –y así lo hice cuando, acompañado por el viento fresco de la tarde, me encontraba sobre el tejado de *Dormition Abbey* y levanté la vista al cielo estrellado de las promesas de Dios, mientras oía a Habakuk, el mochuelo, en el cementerio armeno– que es su gracia lo que en un espacio tan pequeño, en el nuevo Sión, nos deja conocer la grandeza de lo que significa el sacerdocio, la eucaristía y la Iglesia.

Ánimo y petición

Queridos hermanos, queridos cristianos: ser sacerdote es una bella vocación, que merece la pena; construir la Iglesia de Jesucristo, anunciar la fe con alegría, celebrar el amor de Dios en la eucaristía y en la vida, y vivir con la esperanza cristiana, es algo que llena humanamente. Por supuesto que en la vida hay cosas que cuestan, que pesan. Pero Dios es fiel. Son ciertas las palabras de san Agustín: «En la medida en que alguien ama a la Iglesia de Cristo, tiene el Espíritu Santo.» Vamos a creerlo, vamos a vivirlo. La Iglesia, la comunidad de los creyentes, es para nosotros patria, nos da esperanza.

María, a quien en Chiquinquirá y en Aquisgrán veneramos como madre de la Iglesia y como auxilio de los cristianos, proteja las diócesis de Colombia y la diócesis de Aquisgrán.

En la antigua secuencia de Aquisgrán «*Urbs aquensis, urbs regalis*», que cantamos en la fiesta de Carlomagno, se dice:

Stella maris, o María

mundi salus, vitae via

alma nostra Domina.

Vacillantum rege gressus

et ad regem des accessus

in perenni gloria.

O María, estrella del mar

salvación del mundo, Señora

de nuestras almas.

Ayúdanos a los vacilantes

a llegar hasta el Rey

en la gloria perenne.

Christe splendor Dei patris

in corruptae fili matris

gentem tuam adjuva.

Per hunc sanctum, cujus festa

celebramus, nobis praesta

sempiterna gaudia.

Cristo, Hijo de Dios,

y de la Madre sin mancilla

ayuda de tu pueblo.

Oyenos a través del santo

que celebramos; danos

la felicidad sempiterna.